

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

VII.- LA MUJER PECADORA: TIENE MUCHO AMOR.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

“Encontrar” es dar con alguien o con algo que se busca, o incluso sin buscarlo. Y “Encuentro” es una coincidencia o reunión entre dos o más personas. Los retiros de este ciclo pastoral van a tratar sobre diferentes encuentros con el Señor: queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo, porque nos ama.

Los encuentros son necesarios. La persona es un misterio que únicamente se hace accesible cuando ella misma se comunica saliendo al encuentro de los demás. Y el encuentro sólo es posible cuando se da una correspondencia entre lo que uno comunica y la acogida por parte del otro, creándose un espacio de confianza y entrega mutua.

Toda persona ha llegado a ser lo que es, en buena medida, por los encuentros que se han producido en su vida: Encuentros con la familia, maestros y profesores, con el trabajo, amigos, grupos, Asociaciones, Movimientos... También influyen los encuentros con la naturaleza, con las artes o las ciencias... Encuentros, incluso, con la enfermedad o limitación.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea en el tercer retiro.

Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación, en medio de la noche, en donde parece que estamos más inclinados a la intimidad, a hablar desde el corazón, como vimos que le ocurrió a Nicodemo, en el cuarto retiro.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes están excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; y para quienes atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín, en el último retiro. Y, como veremos hoy, el encuentro con el Señor también es posible para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parecen estar más alejados de Él.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué personas me parece que están alejadas del Señor, o que no tienen cabida en la Iglesia?

JUZGAR

Lc 7, 36-50:

Un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: - «Si éste fuera profeta, sabía quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.»

Jesús tomó la palabra y le dijo: - «Simón, tengo algo que decirte.»

Él respondió: - «Dímelo, maestro.»

Jesús le dijo: - «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?»

Simón contestó: - «Supongo que aquel a quien le perdonó más.»

Jesús le dijo: - «Has juzgado rectamente.»

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: - «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.»

Y a ella le dijo: - «Tus pecados están perdonados.»

Los demás convidados empezaron a decir entre sí: - «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?»

Pero Jesús dijo a la mujer: - «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

EL FARISEO

Jesús sigue desarrollando su predicación en Galilea, pero no todos entienden sus palabras y sus gestos de misericordia, y le acusan, por ejemplo, de ser “amigo de pecadores”. Lucas, preocupado por mostrar la actividad liberadora de Jesús, no sólo habla de publicanos, pobres, enfermos y niños, sino que acentúa la relación de Jesús con las mujeres, que no solamente son regeneradas de su humillante situación, sino que se transforman en verdaderas discípulas y seguidoras de Jesús.

Desde la perspectiva de Lucas, la dignificación de la mujer por parte de Jesús es uno de los signos de la presencia del Reino de Dios en el mundo. La mujer es llamada al Reino de Dios, y una mujer vuelve a ser la protagonista del retiro de hoy. El retiro pasado fue aquella pobre viuda de Naín a la que Jesús le devuelve a su hijo único.

Podemos preguntarnos cuáles son los motivos que llevaron al fariseo a invitar a comer a Jesús, porque lo que sí sabemos es que no fue con intención de tener un encuentro personal con Él, brindarle su hospitalidad y agasajarlo. Esto queda claro porque el propio Jesús indica las carencias de esa invitación: no se han cumplido con Él las normas más elementales que la cortesía de la época requería. Por tanto podemos decir que sólo la curiosidad ha llevado al fariseo a invitar a Jesús, y quizá se haya tratado de una invitación trampa para poder acusarlo.

Los fariseos son laicos piadosos que, para acelerar la llegada del reinado de Dios, se empeñan en vivir cotidianamente las prescripciones exigidas al sacerdote en el período limitado durante el que presta servicio en el templo.

Su estilo de vida los distingue y separa de la gente común (de hecho, el término fariseo significa separado). La vida de un fariseo está dominada por la preocupación de observar fielmente los seiscientos trece preceptos de la Ley.

El otro gran cuidado concierne a la ley de la pureza, que observa con una minuciosidad obsesiva, para evitar ser tocado o tocar inadvertidamente objetos y personas impuras, volviendo de este modo nulas las innumerables oraciones que jalonan su jornada.

Y eso explica la reacción del fariseo, para quien el contacto físico con una pecadora es causa de impureza, al ver que Jesús se deja tocar por la mujer. El fariseo contempla horrorizado la escena. No es raro que su opinión sobre Jesús quede inmediatamente devaluada.

El fariseo, en su interior, emite un juicio condenatorio sobre Jesús y la mujer. Su mirada de hombre experto en la Ley sólo ve en esa mujer a una pecadora indigna, que está contaminando la pureza de los comensales. No repara en sus lágrimas. Sólo ve en ella los gestos de una mujer de su oficio que sólo sabe soltarse el cabello, besar, acariciar y seducir con sus perfumes.

Su mirada de desprecio también le impide reconocer en Jesús al profeta de la compasión de Dios. Su acogida y su ternura hacia la mujer pecadora lo desconciertan, por lo que llega a la conclusión de que Jesús “no puede ser un profeta”.

Para la reflexión:

- ¿Qué sentimientos produce en mí la lectura de este pasaje del Evangelio?
- Podemos preguntarnos cuáles son los motivos que llevaron al fariseo a invitar a comer a Jesús, porque lo que sí sabemos es que no fue con intención de tener un encuentro personal con Él. ¿Deseo realmente encontrarme con Jesús, o “paso ratos” con Él, pero sin abrirle de verdad mi corazón?
- ¿Qué rasgos del fariseo descubro en mí? ¿Me preocupo por “cumplir”? ¿Por “no contaminarme”? ¿Emito juicios condenatorios sobre otras personas?

LA MUJER PECADORA:

La protagonista de la escena es una mujer pecadora que, llorando, se pone a regar los pies de Jesús con sus lágrimas, se los enjuga con sus cabellos, los cubre de besos y se los unge con perfume. La escena desprende una profunda sensualidad: el tacto, los besos, las lágrimas, el perfume, la cabellera suelta... Dadas las circunstancias, sus gestos resultan escandalosos.

Pero es que en la vida de esta mujer sólo hay una realidad: el pecado. En su horizonte sólo encuentra tristeza, desesperación, vacío. Pero en su presente se hace realidad Cristo, el rostro humano de Dios. Ella nos va enseñar cómo actúa Dios cuando el ser humano se encuentra con Él.

La mujer reconoce ante todo que es una pecadora. Esas lágrimas que derrama son realmente sinceras y demuestran todo el dolor que aquella mujer experimentaba tras una vida de pecado, alejada de Dios, vacía. A ella no le importaba el comentario de los demás. Quería resarcir su vida, y había encontrado en aquel hombre la posibilidad de la vuelta a un Dios de amor, de perdón, de misericordia. Por eso está ahí, haciendo lo más difícil: reconocerse necesitada de perdón.

Cristo toca en el corazón de aquella mujer todo el dolor de sus pecados por un lado, y todo el amor que quiere salir de ella, por otro. Todo está así preparado para el encuentro con Dios. En aquel comportamiento, que tanto escandaliza al moralista Simón, Él sólo ve el amor y el agradecimiento grande de una mujer que desea sentirse perdonada por Dios. Por eso se deja tocar por ella: Jesús se pone decididamente de su parte.

Jesús ve vida allí donde parece que hay pecado, porque «Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia. El Señor ve el corazón» (1Sam 16, 7). Jesús no la invita a «no pecar más» (como hizo con la mujer adúltera -Jn 8, 11-) y tampoco le pide cambiar de oficio, porque a una mujer de esta clase no le es posible. Pero le hace saber que puede entrar en la comunidad del Reino.

Mientras los fariseos se lamentaban de que el reinado de Dios tardaba en manifestarse a causa de los pecados de las prostitutas y de los publicanos, Jesús afirma que los publicanos y las prostitutas llevan la delantera en ese Reino (Mt 21, 31), donde hay lugar para «malos y buenos» (Mt 22, 10), incluidos los publicanos y las prostitutas.

No sabemos nada de esta pecadora anónima. No sabemos si siguió a Cristo dentro del grupo de las mujeres o qué fue de ella. Pero estamos seguros de que a partir de aquel día su vida cambió definitivamente: el encuentro con el Señor la salvó.

Para la reflexión:

- Si yo hubiera sido testigo de esta escena, ¿qué habría pensado de esa mujer?
- En aquel comportamiento, que tanto escandaliza al moralista Simón, Jesús sólo ve el amor y el agradecimiento grande de una mujer que desea sentirse perdonada por Dios. Jesús ve vida allí donde parece que hay pecado. ¿Tengo yo esa mirada de Jesús, sé ver más allá de las apariencias?
- Mientras los fariseos se lamentaban de que el reinado de Dios tardaba en manifestarse a causa de los pecados de las prostitutas y de los publicanos, Jesús afirma que los publicanos y las prostitutas llevan la delantera en ese Reino. ¿Cómo me cuestiona esta afirmación de Jesús?

RECONOCER NUESTRO PECADO

Jesús demuestra que conoce el corazón de las personas y las motivaciones de sus actos. Por eso ha comprendido que los gestos de la mujer expresan su agradecimiento al saberse perdonada. Y si parecen excesivos es porque sus pecados eran muchos.

La mezquindad de Simón en la acogida a Jesús revela que, en el fondo, nunca ha experimentado la misericordia de Dios por creerse justo. En cambio, el amor demostrado por la mujer es signo de su fe, de su confianza en el perdón de Dios. Por eso está salvada y puede retirarse en paz, reconciliada y renovada.

El evangelista Lucas contrasta magníficamente -como en el caso del publicano y del fariseo que rezaban en el templo, o en el caso de la adúltera y de los fariseos acusadores- dos posturas opuestas ante el Reino de Dios. Una es la posición de quien se reconoce pecador y que se salva por la fe y el amor; la otra es la postura de quien pretende redimirse por el legal cumplimiento de ciertas normas que le darán el acceso al Reino como si fuera un merecido premio.

El fariseo, “hombre de bien”, apreciado y respetado por los otros, queda en evidencia: no ha entendido que la grandeza y la salvación del ser humano consiste en admitir que es un pecador. No ha caído en la cuenta de que el verdadero pecado es la ausencia de amor, y que el arrepentimiento consiste en reconocer los propios incumplimientos frente al mandamiento del amor. Y que el perdón no es otra cosa que encuentro y experiencia de la plenitud del amor, es decir, de Dios.

El amor que nos demuestra quien nos perdona, es decir, Dios, es lo que regenera a la persona. Para esto, hemos de comenzar por reconocer nuestra situación de pecado. Somos el fariseo Simón cuando perdemos la conciencia de ser pecadores, algo que efectivamente está perdiendo el hombre y la mujer de hoy.

Cuando Jesús dice que no ha venido a salvar justos sino a pecadores, no quiere decir que excluya a los justos, sino que no los hay. No se trata de un sentimiento morboso de culpabilidad, sino de ser realistas. Si pensamos en todo lo que hemos recibido en la vida, si somos conscientes del amor de Dios que se nos ha dado, tendremos que reconocer también, sinceramente, que no estamos respondiendo como deberíamos ¿Cómo podemos decir y creer que “yo no tengo pecados porque ni robo ni mato”?

Juzgar duramente a los demás sin pensar que también nosotros fallamos y necesitamos el perdón de Dios, es olvidar que ante Dios todos somos deudores insolventes. Cada uno sabe en qué manera, pero todos somos deudores ante Dios.

Pero para Dios esto no es un problema, porque su perdón, como su amor, es gratuito. Quizá por ser gratuito no lo estimamos ni valoramos bastante. Jesús nos enseña hoy que no nos liberamos de nuestro pecado por nuestro propio esfuerzo (es la actitud del fariseo), sino aceptando el perdón y amor gratuitos de Dios (actitud de la mujer pecadora).

Y por otra parte, en relación con los demás, el que no se siente pecador tampoco puede colaborar a construir un mundo mejor, porque es incapaz de empezar por el principio, cambiando él personalmente y aceptando después a los demás tal como son.

En Cristo, Dios ha tomado partido por el ser humano; por eso, está siempre dispuesto al perdón y a la reconciliación. Este perdón de Dios, por disposición suya, se realiza en el sacramento de la reconciliación o penitencia, verdadero encuentro con el amor y la misericordia de Dios. Confesar los pecados no es el “peaje” que se ha de pagar para conseguir la absolución, sino la actitud de quien se siente necesitado de la misericordia de Dios y descubre con agradecimiento que es el propio Dios quien se adelanta a perdonarnos gratuitamente.

Para la reflexión:

- La mezquindad de Simón en la acogida a Jesús revela que, en el fondo, nunca ha experimentado la misericordia de Dios. ¿He tenido experiencia profunda de la misericordia de Dios? ¿Cómo me sentí, cómo influyó posteriormente en mi vida?
- El fariseo no ha entendido que la grandeza y la salvación del hombre consiste en admitir que es un pecador. No ha caído en la cuenta de que el verdadero pecado es la ausencia de amor. ¿Admito de verdad que soy un pecador? ¿Qué “ausencias de amor” descubro en mi vida?
- Si pensamos en todo lo que hemos recibido en la vida, si somos conscientes del amor de Dios que se nos ha dado, tendremos que reconocer también, sinceramente, que no estamos respondiendo como deberíamos ¿Cómo podemos decir y creer que “yo no tengo pecados porque ni robo ni mato”?
- ¿Suelo recibir habitualmente el Sacramento de la Reconciliación? ¿Qué supone para mí, antes y después?

ACTUAR: TIENE MUCHO AMOR:

El encuentro de la mujer pecadora con el Señor nos muestra cómo el reconocimiento del pecado lleva a su perdón, y cómo el encuentro con Jesús, cuando se da la confianza y la fe en Él, resulta liberador y salvador. El propio reconocimiento del perdón recibido es causa de que la persona responda con amor, de que crezca en ella el amor.

Por eso Jesús formula una pregunta tras contar la parábola: **¿Cuál de los dos lo amará más?** La pregunta va dirigida directamente al fariseo y también a nosotros. El fariseo es el deudor que debe menos y que, precisamente porque debe menos, manifiesta menos amor.

Donde hay un gran amor, el de la mujer, Simón ve impureza y pecado. Donde hay discernimiento y acogida amorosa por parte de Jesús hacia la mujer que muestra tanto amor, Simón ve una carencia religiosa en Jesús. Ni los gestos de la mujer ni la actitud de Jesús son para Simón ocasión para interrogarse sobre sí mismo. Simón ni reconoce el amor en los gestos gratuitos de la mujer ni comprende la acogida de Jesús.

El fariseo se contenta con mantenerse irreprochable, no acepta el riesgo de ser despojado de las apariencias, de descubrir la propia miseria escondida y de emprender el camino comprometido del amor. Por eso Jesús dice: **al que poco se le perdona, poco ama.**

Por el contrario, refiriéndose a la mujer pecadora, Jesús afirma: **sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor.** La pecadora ama y expresa amor porque se siente perdonada y comprendida. Jesús da así testimonio de la doble ligazón entre el perdón recibido y el amor: el perdón lleva al amor, y el amor lleva al perdón. A quien más se le perdona tendrá más motivos para amar, y quien más ama será más capaz de perdonar.

El encuentro de la mujer pecadora con Jesús nos lleva a preguntarnos por nuestro amor. Generalmente creemos que hacemos casi todo bien, o al menos con buena intención. Como el fariseo, somos cumplidores; y además somos pecadores mediocres, ni siquiera “grandes pecadores”. Pensamos que normalmente no hacemos mal a nadie, al menos grandes males, y no creemos que haya mucho que se nos tenga que perdonar.

Pero eso significa que somos cristianos mediocres, que amamos medianamente y, por tanto, que nos conformamos con sentirnos medianamente amados por Dios. Pero Jesús nos enseña que, si amamos poco, es porque hemos pedido poco perdón. Cuanta más verdad pongamos en nuestro corazón, cuando más realista sea nuestra conciencia de pecado, más necesidad tendremos de pedir perdón y de recibirlo. Y entonces nos sabremos amados en abundancia y movidos a responder también con más amor.

Para la reflexión:

- El encuentro de la mujer pecadora con Jesús nos lleva a preguntarnos por nuestro amor. ¿Cómo evalúo mi amor?
- Me aplico a mí mismo las palabras de Jesús: **sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.** ¿En qué me veo reflejado?

REVISAR NUESTRA ACTITUD:

En casa de Simón el fariseo, la única persona que ha sacado provecho del encuentro con Jesús es la mujer pecadora. Con la intuición del amor, la mujer discierne en Jesús a un hombre de Dios verdadero y compasivo. El encuentro entre Jesús le permitió ser una mujer nueva, y seguramente discípula fiel del Maestro.

Jesús no fue visto nunca como representante de la Ley, sino como profeta de la misericordia de Dios. Por eso, en la Iglesia no necesitamos “maestros de la ley” que desprecien a los pecadores; necesitamos cristianos que miren a los pecadores como los miraba Jesús.

Los fariseos entendían la santidad como una separación de lo impuro. Esto generó en Israel una sociedad discriminatoria y excluyente, donde se honraba a los puros y se menospreciaba a los impuros. En esta sociedad, Jesús inicia un estilo de vida nuevo, inspirado sólo en el respeto y el amor. Toca a los leprosos, acoge a los pecadores, come con publicanos y prostitutas... Nadie queda excluido, porque nadie está excluido del corazón de Dios.

Esta actitud constante de Jesús, de acogida a los que parecen excluidos de antemano del Reino de Dios porque son precisamente los más necesitados de acogida, de dignidad y de amor, nos obliga a revisar nuestra actitud, como Iglesia en general y cada uno en particular, hacia ciertos sectores y grupos a los que negamos el derecho de acercarse a Jesús. Por ejemplo, divorciados vueltos a casar, prostitutas y homosexuales, y otros colectivos de los que apenas se habla y a quienes a veces se sigue despreciando.

El Dios compasivo que se manifestó en Jesús no conduce a actitudes excluyentes de desprecio, intolerancia o rechazo, sino que atrae hacia la acogida y el respeto. Si Jesús perdona a los pecadores y los libera del miedo a Dios es porque desea que vivan reconciliados y en paz con Él y consigo mismos. El perdón de Jesús a la mujer pecadora no es un rito rutinario de “absolución de pecados”. Es mucho más. Jesús la libera de su humillación, le devuelve su dignidad, la renueva por dentro y le abre un nuevo horizonte: **Tu fe te ha salvado, vete en paz.**

La mujer pecadora, por su encuentro con Jesús, nos da una gran lección: es Dios quien se adelanta a ofrecernos su perdón, de modo que esa experiencia de liberación interior provoca en nosotros una respuesta de amor y gratitud que nos empuja, primero a nosotros a vivir de un modo nuevo, y después a revisar nuestras actitudes hacia los demás para que también puedan experimentar el encuentro salvador con el Señor.

Para la reflexión:

- Pensemos en esos colectivos, grupos... que de entrada nos parecen que no tienen cabida en la Iglesia: ¿Pueden encontrar entre nosotros una acogida parecida a la de Jesús? ¿Escuchan de nosotros una palabra que les hable de Dios como hablaba Él? ¿Encuentran entre nosotros ayuda para vivir su vida desde una actitud responsable y creyente?

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

VII.- LA MUJER PECADORA: TIENE MUCHO AMOR.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué personas me parece que están alejadas del Señor, o que no tienen cabida en la Iglesia?

JUZGAR – Lc 7, 36-50:

Un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo:

—«Si éste fuera profeta, sabía quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.»

Jesús tomó la palabra y le dijo: —«Simón, tengo algo que decirte.»

Él respondió: —«Dímelo, maestro.»

Jesús le dijo: —«Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?»

Simón contestó: —«Supongo que aquel a quien le perdonó más.»

Jesús le dijo: —«Has juzgado rectamente.»

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: —«¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.»

Y a ella le dijo: —«Tus pecados están perdonados.»

Los demás convidados empezaron a decir entre sí:

—«¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?»

Pero Jesús dijo a la mujer: —«Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

EL FARISEO:

- ¿Qué sentimientos produce en mí la lectura de este pasaje del Evangelio?
- Podemos preguntarnos cuáles son los motivos que llevaron al fariseo a invitar a comer a Jesús, porque lo que sí sabemos es que no fue con intención de tener un encuentro personal con Él. ¿Deseo realmente encontrarme con Jesús, o “paso ratos” con Él, pero sin abrirle de verdad mi corazón?
- ¿Qué rasgos del fariseo descubro en mí? ¿Me preocupo por “cumplir”? ¿Por “no contaminarme”? ¿Emito juicios condenatorios sobre otras personas?

LA MUJER PECADORA:

- Si yo hubiera sido testigo de esta escena, ¿qué habría pensado de esa mujer?
- En aquel comportamiento, que tanto escandaliza al moralista Simón, Jesús sólo ve el amor y el agradecimiento grande de una mujer que desea sentirse perdonada por Dios. Jesús ve vida allí donde parece que hay pecado. ¿Tengo yo esa mirada de Jesús, sé ver más allá de las apariencias?
- Mientras los fariseos se lamentaban de que el reinado de Dios tardaba en manifestarse a causa de los pecados de las prostitutas y de los publicanos, Jesús afirma que los publicanos y las prostitutas llevan la delantera en ese Reino. ¿Cómo me cuestiona esta afirmación de Jesús?

RECONOCER NUESTRO PECADO:

- La mezquindad de Simón en la acogida a Jesús revela que, en el fondo, nunca ha experimentado la misericordia de Dios. ¿He tenido experiencia profunda de la misericordia de Dios? ¿Cómo me sentí, cómo influyó posteriormente en mi vida?
- El fariseo no ha entendido que la grandeza y la salvación del hombre consiste en admitir que es un pecador. No ha caído en la cuenta de que el verdadero pecado es la ausencia de amor. ¿Admito de verdad que soy un pecador? ¿Qué “ausencias de amor” descubro en mi vida?
- Si pensamos en todo lo que hemos recibido en la vida, si somos conscientes del amor de Dios que se nos ha dado, tendremos que reconocer también, sinceramente, que no estamos respondiendo como deberíamos ¿Cómo podemos decir y creer que “yo no tengo pecados porque ni robo ni mato”?
- ¿Suelo recibir habitualmente el Sacramento de la Reconciliación? ¿Qué supone para mí, antes y después?

ACTUAR: TIENE MUCHO AMOR:

- El encuentro de la mujer pecadora con Jesús nos lleva a preguntarnos por nuestro amor. ¿Cómo evalúo mi amor?
- Me aplico a mí mismo las palabras de Jesús: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama. ¿En qué me veo reflejado?

REVISAR NUESTRA ACTITUD:

- Pensemos en esos colectivos, grupos... que de entrada nos parecen que no tienen cabida en la Iglesia: ¿Pueden encontrar entre nosotros una acogida parecida a la de Jesús? ¿Escuchan de nosotros una palabra que les hable de Dios como hablaba Él? ¿Encuentran entre nosotros ayuda para vivir su vida desde una actitud responsable y creyente?

VASO DE ALABASTRO

<https://www.youtube.com/watch?v=5M82c-v8iH0>

Silencio, callo.

Mientras se acercaba a Jesús
tropezaba por las lágrimas que la cegaban.

Sintió dolor, mientras la gente hablaba en ira,
murmuraban, “para ella no hay lugar”.
Y aún siguió, traspasando la vergüenza,
hasta el fin que se postró ante sus pies.

Aunque ella no habló, sin embargo Él la escuchó.
Derramando su amor al Maestro, de su vaso de alabastro.

Yo he venido a derramar mi amor como aceite al Señor.

No te enojés si con lágrimas lavo sus pies,
y con mi cabello los seco.

No estabas la noche que Él me halló.
Tú no sentiste lo que yo cuando me abre abrazó son su amor.

No sabes el valor del aceite en mi vaso de alabastro.

No puedo olvidar mi vida pasada.
Era prisionera del pecado que me ataba.

Gasté mis días derramando sin medida toda mi vida en un
frasco de tesoro.



Hasta aquél día, que Jesús vino hasta mí,
y me sanó con el milagro de su amor.

Yo le devuelvo a Él toda mi alabanza fiel.
Me ha perdonado y es por eso que lo amo tanto.

Yo he venido a derramar mi amor como aceite al Señor.

No te enojés si con lágrimas lavo sus pies,
y con mi cabello los seco.

No estabas la noche que Él me halló.
Tú no sentiste lo que yo cuando me abre abrazó son su amor.

No sabes el valor del aceite. No, no sabes el valor de mi amor.
No sabes el valor del aceite en mi vaso de alabastro.